

teología. Quizá es lo más interesante del volumen, pues el tema merece, en efecto, una reflexión. D. Veliath aporta una nota exótica al comentar el libro de R. Panniker sobre el silencio de Dios, en que este autor intenta una aproximación desde el apofatismo cristiano al budismo. El tema, sin ser nuevo, tiene algún interés aunque quizá se pretende demasiado. El artículo de Luis Gallo, tras un rápido vuelo sobre *El Dios crucificado* de Moltmann, se entretiene en exponer el Dios de la Teología de la Liberación. En el mismo sentido se extiende R. Nocetti en su artículo *Enrique Dussel, il volto del povero epifania di Dio*. Como sucede en general con este modo de hacer teología, y aun reconociendo en ella algún valor puntual produce cansancio este afán de construir un artificioso utopismo donde los conceptos teológicos son instrumentalizados en beneficio teórico de unos problemas sociales que no pueden ser resueltos a ese nivel de mitologización. El artículo de Carlo Cantone, *Dio al maschile e Dio al femminile* es un producto del momento, de color más bien chillón, que, despojado de su aparatoso simbolismo, queda en unas pocas afirmaciones obvias. Por fin, Sabino Palumbieri, *Per un volto umano di Dio* vuelve, con cierta altura, aunque también quizá con un excesivo aparato conceptual, sobre la teología de Moltmann.

Al final, agradeciendo el esfuerzo informativo —y echando de menos algo de sentido crítico—, a la pregunta sugerida en el título, *ma quale Dio?*, apetece contestar con Pascal: «El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob...»

J. L. Lorda

J. M. GARRIGUES, *El Espíritu que dice «¡Padre!»*. *El Espíritu Santo en la vida trinitaria y el problema del Filioque*, Ed. Secretariado Trinitario («Koinonia», 23), Salamanca 1985, 150 pp., 14 x 21.

Aunque para los especialistas en cuestiones trinitarias y pneumatológicas, fueran ya conocidas tanto la edición original francesa de este libro (Téqui, Paris 1982), como los diversos artículos del P. Garrigues relacionados con la cuestión del origen del Espíritu Santo, conviene saludar con alegría la aparición de esta versión en castellano.

La obra consta de cuatro capítulos en los que, a través de una relectura profunda de las tradiciones orientales y occidentales, se pretende poner de manifiesto, como indica Louis Bouyer en el Prólogo, «el legítimo (y, por otra parte, inevitable) pluralismo de teologías que, lejos de minar la unidad necesaria de la fe que se expresa defendiéndose de toda alteración mediante las definiciones dogmáticas, es postulada por esta misma fe». Los temas abordados son la monarquía del Padre, los problemas derivados de las diferencias del lenguaje para expresar el origen del Espíritu Santo (procesión, ekporeisis), la cuestión de las formulaciones distintas según las cuales se confiesa dicho origen de la tercera Persona en Oriente y Occidente (ek tou Patros dia tou Hyiou ekporeuomenon), y por último, el Filioque a la luz del Concilio I de Constantinopla.

Acompañan a estos capítulos el mencionado Prólogo de Bouyer, y dos Apéndices: una «instrucción pastoral del Episcopado católico de Grecia», aprobada por la Santa Sede, sobre la formulación del Credo niceno-constantinopolitano en la liturgia latina de lengua griega, y, en segundo lugar, una breve comunicación presentada por el A. al congreso de Pneumatología de 1982, que resume sus opiniones.

El A. expone sus interesantes puntos de vista sobre el origen del Espíritu Santo en una atmósfera marcadamente trinitaria, lo cual es decisivo para su recto enfoque y para evitar distorsiones en la comprensión de la fe. Muestra una vez

más —como ya se puso de manifiesto en los primeros siglos— que las diferencias entre «griegos» y «latinos» en esta materia son de carácter teológico-lingüístico, y en ese sentido legítimas, y no tanto diferencias en la fe. Sus tesis, que se sitúan —con los lógicos matices— en la línea antiguamente expuesta por Gregorio de Chipre, o más recientemente, entre otros tanto ortodoxos como católicos por Bolotov, han tenido eco favorable en los distintos ámbitos teológicos preocupados de la cuestión ecuménica. La aportación del P. Garrigues a la solución del problema merece expreso reconocimiento.

La obra está bien traducida por Santiago del Cura.

A. Aranda

AA. VV., *El Concilio de Constantinopla I y el Espíritu Santo*, Ed. Secretariado Trinitario («Semanas de Estudios Trinitarios», 17), Salamanca 1983, 236 pp., 15 x 21,5.

Un nuevo volumen de la colección «Semanas de Estudios Trinitarios», en la que se recogen las Actas de los Simposios que cada año organiza en Salamanca, el Secretariado Trinitario. En esta ocasión, se trataba de conmemorar, como en tantos otros lugares —siguiendo el impulso y el ejemplo del Papa Juan Pablo II—, el Centenario del Concilio I de Constantinopla (381-1981).

El libro reúne siete trabajos de índole pneumatológica, aunque de muy distinto estilo y método. También de muy diferente valor. Contiene un artículo de carácter litúrgico, cuyo autor es Julián López, en el que, con acierto, se estudia la relación entre la Eucaristía y el Espíritu Santo. Le sigue un trabajo exegetico de Chevallier (profesor en la Facultad de Teología Protestante de Estrasburgo), sobre la visión del *Filioque* en el NT; el trabajo presentado está lejos de lo que el tema exigía: a nuestro entender es

muy insatisfactorio. Los dos trabajos históricos centrados en el Concilio que se conmemoraba, cuyos autores son el P. Ortiz de Urbina y el profesor de la Urbana, Stefan Virgulin, se limitan a recordar el contenido básico del tema; hubiera sido deseable una mayor detención en los parámetros actuales de la investigación histórica. Javier Pikaza ofrece un largo artículo de carácter especulativo, de tinte muy personal y, en conjunto, poco claro sobre la cuestión del *Filioque* hoy; toca demasiados temas y adopta posturas que exigen más paciencia investigadora y más apoyo; no resulta del todo comprensible su postura sobre el «*spirituque*» (en cierto modo, en línea con Evdokimov o Boulgakoff), y sobre el realizarse (aunque no en el sentido puramente hegeliano) del Dios Trino en la historia, etc. Las cosas exigen, nos parece, mayor maduración.

Josep Vives ofrece una reflexión personal sobre creer en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, con ideas interesantes. Por último Nereo Silanes, expone una historia, breve pero válida, de la doctrina pneumatológica del Concilio Vaticano II, siguiendo su génesis, en la fase preparatoria y conciliar.

Libro, en conjunto, que está por debajo de otros de la misma colección, y que reúne trabajos a los que falta unidad. Quizá debería buscarse ésta más expresamente, aun contando con el origen de estos volúmenes.

A. Aranda

Alexandre GANOCZY, *Doctrina de la Creación*, Ed. Herder, Barcelona 1986, 203 pp., 12 x 20.

Corresponde este libro al manual de Creación de la Biblioteca de Teología que, traducida del alemán, publica la ed. Herder desde hace unos años. La obra data de 1983 y el Autor, nacido en Bu-